

su importante verdad están narrados en las *Cartas á María*; forma que escogió el artista como más adecuada á su sentimiento.

Este segundo y último tomo, contiene las *cartas* desde Roma hasta en *Alta mar*, de regreso ya á su patria, despues de haber recorrido desde Perú y Chile hasta Venezuela y Colombia. Aunque alguna coneccion tiene este segundo tomo con el primero no hace falta éste para formar juicio de las costumbres, usos, idiomas, ilustracion, etc., de los pueblos que visita el Sr. Gutierrez y cuya comparacion con los usos y costumbres mexicanos traza con tanta maestría.

Con la publicacion de esta obra que ocupará unas 250 páginas, es decir, como veinte folletines de *El Diario del Hogar*, quedan saldadas las deudas todas que teniamos con nuestros favorecedores.

El Editor,

FILOMENO MATA.



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

IMPRESIONES DE VIAJE

CARTAS A MARIA.

Roma, Octubre de 1868.

MARIA:

Cuando habia calmado un poco el calor, que serían las tres de la tarde, salimos de casa Manuel y yo, para visitar algunos otros lugares de la ciudad.

Como el principal objeto de mi viaje era el estudio de las Bellas Artes, debia hacerles la visita de preferencia á todos los museos que hay en Roma, así como á los Establecimientos donde

aquellas se enseñan, para estudiar los diversos sistemas de aprendizaje y conocer por esto, la altura á que se encontraban las Academias de México.

Para comenzar á dar lleno á mis deseos, traté de aprovechar esta misma tarde, empleándola en visitar la Academia de San Lúcas, que se reputa Nacional, porque está expensada por el Gobierno Pontificio.

Por consiguiente, cuando mi compañero estuvo dispuesto á salir conmigo, le indiqué que deseaba dirigirme á la Academia de San Lúcas y que al otro día continuaríamos la excursión por la Basílica de San Pedro.

Mi jóven compañero se avino á mis deseos, encaminándonos por el puente de la Minerva, pasando en seguida cerca de la Rotonda y saliendo para la calle de Ripetta. Habíamos andado un tercio de ella, cuando Manuel me detuvo frente á un edificio notable, manifestándome que aquella casa era la de la Academia de San Lúcas.

Me detuve un momento ántes de pe-

netrar, con objeto de observar su fachada, formada de un medio punto entrante, semejante á la casa de Pérez Gálves, en Buena-vista; pero con la diferencia de que en su centro la de la Academia de San Lúcas, tiene un pórtico elegante ornamentado de columnas, que corta el edificio por su interior, dando paso al borde del Tíber, que pasa mojando con sus aguas la espalda del edificio.

En la mitad de este pasadizo, hay puertas en cada uno de sus lados, que son las que comunican con el interior, especialmente la de la derecha, que es la que está constantemente abierta.

Desde que se dan los primeros pasos, el visitante se encuentra con una galería de estatuas, que las constituyen algunos ejemplares en yeso del Laocón-te, el Apolo do Belvedere, la Vénus de Médicis y otras estatuas y bustos del antiguo que habia yo conocido y pose igualmente la Academia de México.

Pasé á los altos del edificio y noté allí algunos cuadros y modelos de pin-

tura, como cabezas, torsos, etcétera, que servían de texto á los alumnos.

Penetré á la sala del natural desnudo, en donde copiaban el modelo vivo, y examinando uno á uno los estudios que hacían de él los jóvenes alumnos, francamente no los hallé mejores que los que ejecutan los discípulos de la Academia de México; antes bien, me parecieron inferiores y de ménos buen color. Ya se vé, esta es falta de la escuela romana, que es acartonada y fría; y la nuestra, al contrario, es la española, que participa un poco de la veneciana, ambas de buen color, energía y vibración.

Estando revisando los diversos torsos y figuras que hay colgados en los muros del salon del natural, premiados en varios años, y que han quedado en la Academia como prueba de los adelantos de los alumnos, llegó el profesor de pintura, señor Coguhetti, á quien ya conocía de nombre y por su cuadro del «Episodio del Diluvio,» que existe en nuestra Academia de México. Ma-

nuel me presentó entónces á este caballero que, al saber que yo era mexicano, me saludó con un fuerte abrazo, exclamando lleno de alegría; «¡Oh mio caro amico!» deshaciéndose en cumplidos que, en efecto, daban á conocer la simpatía que experimentaba por los mexicanos; porque habia conocido años atrás á Robira, Miranda, Cordero, Rebull, y últimamente á Pina y á otros pensionados de México, á quien les habia profesado singular cariño.

Después de saber este simpático artista milanés el objeto de mi viaje, que era el de estudiar en la patria de las Bellas Artes, me ofreció sus buenos oficios y su estudio, dándome la dirección de él,—fineza que aprecié en el alma, porque el contacto de los buenos artistas y la vista de sus obras, debían servirme mucho en lo futuro para la adquisición de conocimientos profundos y el análisis de los diversos estilos. Seguí entónces mirando, acompañado del referido profesor, los objetos de arte de

los diversos estudios y salones de la Academia.

Francamente, hallé ésta bajo todos sus puntos de vista, muy inferior á la de San Carlos de México, tanto en la magnitud del edificio, número de sus salones y oficinas, ricas colecciones de pinturas, estatuas, etcétera, cuanto en que carece de las secciones de arquitectura, matemáticas y de ambos grabados. Pero la falta mas grande que existe en este establecimiento es, que las lecciones que reciben los alumnos, se reducen á dos por semana, mártés y viérnes; miéntras que los alumnos de la Academia de México las reciben diariamente á mañana y tarde, contando además, para el complemento de su carrera, con la enseñanza de los ramos adyacentes, como son: matemáticas, anatomía, perspectiva, etcétera.

A los alumnos de la Academia de San Lúcas, los obligan á asistir á la misa de la iglesia de ese santo, con la pena de que si faltan cierto número de veces, no se les permite el ascenso en

los estudios, y si no confiesan en la Cuaresma y el mes de María, son expulsados irremediamente.

Me aseguran que se castiga mas bien la falta de cumplimiento de esas prácticas religiosas, que las de asistencia al estudio. En suma, la Academia de San Lúcas, á pesar de estar en Roma y suponerse en el extranjero, que debe ser un gran Establecimiento de donde salgan grandes artistas, no pasa de ser una escuela ramplona en donde apenas se adquieren las lecciones rudimentarias del arte, á causa de la rutina de sus profesores y de que se cuida mas del cumplimiento de la moral religiosa que del de la artística.

Yo estuve en esta Academia dos meses y me ví obligado á separarme de ella porque no adelantaba, á causa de la falta de lecciones y del desorden y constantes juegos de los alumnos, que me distraían continuamente.

Jamás fuí á la misa de la iglesia de San Lúcas, porque estaba distante de mi casa; y dos veces que concurrí por

curiosidad, fui testigo del desorden y poca reverencia de los jóvenes estudiantes, que puestos en grupo en el centro del templo, en medio de los cantos que entonaban durante la ceremonia, se hacían mutuamente travesuras, y gestos y contorciones al padre que tenían á su lado. ¿Concurrirían con la misma devoción y compostura á los actos de la confesión y comunión en la cuaresma y en el mes de María? Quién sabe; pero en fin, el Papa, los sacerdotes de San Lúcas y los profesores de la academia, estaban contentos con esta burla de los actos religiosos, con tal de que los alumnos se hallaran en ellos de cuerpo presente, aunque faltaran al estudio las dos terceras partes del año y que al fin salieran del establecimiento tan ignorantes como entraran.

El señor Coguhetti, posee una fisonomía franca y jovial: de alta estatura, fornido, de arrogante presencia y un grande bigote cano que le cubre el labio superior, le comunica un aire marcial que, mas que artista, lo hace sembla-

un general francés y acaso participe algo del carácter físico de Napoleon III, pero con mejor figura y movimientos mas desembarazados. De todos modos, el señor Coguhetti es una persona simpática, y me asegura Manuel que es notable en Roma como artista, pues se miran en su estudio los cartones de régias composiciones clásicas que ha desempeñado en varias épocas, así como la multitud de frescos que se admiran en algunos templos de la ciudad y fuera de ella. Por la muestra que posee la Academia de México, se viene en conocimiento que la reputación de este notable artista, es bien adquirida, porque esa manifiesta una ejecución larga y libre que revela el genio sublime del pintor.

Como era ya un poco tarde y la hora del paseo, salimos de la Academia de San Lúcas; mi compañero me propuso ir al monte Pincio, que está situado al fin de la calle de Ripetta y frente á la Plaza del Poppolo hácia el Norte: acepté gustoso, tanto por conocer esta nue-

va localidad, como por ver la alta sociedad romana, cuyas blasonadas carrozas se dirigian rápidas al paseo.

Llegamos á la Plaza del Poppolo que es muy extensa y hermosa y queda al Oeste de la ciudad: embellece el sitio un obelisco situado en el centro, rodeado de cuatro fuentes, en las estremidades Sur y Norte, otras dos, monumentales, decoradas de figuras mitológicas y arrojando torrentes de agua cristalina; en la estremidad Noroeste, la iglesia de Santa Maria del Poppolo; al Oeste, la puerta de salida al campo; al Este, las dos iglesias que forman ángulo á las calles de Babuino, el Corso y Ripetta, que desembocan en la plaza, que se presenta imponente al salir de aquellas calles; y finalmente, al Norte, el monte Pincio, lugar elevado en donde está situado el paseo.

El obelisco que embellece la Plaza del Poppolo, es de granito plomiso de una sola pieza como todos los de su género y muy elevado; sus cuatro facetas están cuajadas de signos y geroglíficos

egipcios en bajo relieve: descansa sobre un pedestal proporcionado de piedra dura, del que rompe una cómoda escalinata de tres gradas, y á los cuatro ángulos de esa, hay las fuentes mencionadas con leones de mármol, echados, que arrojan agua. Este hermoso obelisco fué trasportado á Roma en tiempo de Augusto y elevado en el lugar en que hoy se halla, por el Papa Sixto V.

Al lado en que yo me hallaba contemplando los objetos descritos, pasaban los carruajes de las damas romanas, las que yo observaba con atencion, buscando en su rostro esa belleza majestuosa que las ha caracterizado siempre; mas si debo ser franco, diré, que en efecto, ví hermosísimas mujeres; pero no con el antiguo tipo romano, sino con el de algunas otras nacionalidades: acaso es debida esta circunstancia al cruzamiento de razas que se ha operado de algunos años á esta parte, pues las familias aristocráticas de Roma están en contacto mas íntimo con los extranje-

ros que periódicamente visitan la ciudad eterna y tienen lugar por esto de contraer alianzas, que dan por resultado la adulteracion del antiguo tipo.

Entre las señoras que esta tarde frecuentaron el paseo, ví alguna que otra con las líneas romanas; pero no fué la generalidad, como acabo de manifestar, y era mas remarcable esa diferencia, si se comparaban algunas jóvenes romanas de la aristocracia con las nodrizas ó ayas que las acompañaban en sus carruajes, que en la generalidad son albanesas, de Sorrento ú otras; y todas éstas sí poseen el tipo romano puro.

Manuel me instruyó aún mas sobre este particular, diciéndome que en todas las villas y poblaciones de Roma, así como en el pueblo de la ciudad, se conservaba puro el tipo, y en efecto, en las calles que habíamos recorrido en el día, había yo notado en muchas criaditas y otras muchachas pobres, la regularidad de las cabezas griegas y romanas, conservando hasta el modo de llevar el pelo, como se ve en la Venus de

Médici, Juno, la Niobe y otras cabezas de mujeres de la antigüedad.

Volviendo al paseo del Pincio te diré, que éste queda situado sobre la plataforma del monte, mirando al Sur: desde la Plaza del Poppolo tiene una vista fantástica por un edificio ó senador de dos pisos como embebido en el centro de la pared vertical del cerro; formado de arcos superpuestos; y es curioso ver que sobre la azotea de éste, anden paseando los carruajes como si lo verificaran sobre tierra firme. Para subir estos hasta aquel sitio, la calzada está practicada cómodamente, formando *zigzag*: los paseantes pedestres, si quieren esquivar estas vueltas, pueden ascender por callecitas mas directas ó caracoles, formando un delicioso laberinto con la vegetacion, los peñascos desnudos, de cuyas abras se desprenden algunas enredaderas y otras florecillas, y los asientos de piedra ó fierro con escaleritas talladas en la misma roca que los conducen al terrazo ó planicie, desde la que se mira tendido hácia el sur, el pano-

rama de Roma con sus siete colinas, el Tiber, la fachada y cúpula de San Pedro y la gran masa del Vaticano.

Si se recorre toda la extension del bello jardin que forma el paseo del Pincio, además de recrearse la vista con los arbustos, las flores, los bustos de hombres célebres, en mármol, sobre sus pedestales y con la hermosa fuente de esa piedra, gozará igualmente bellos puntos de vista por todos lados: despues de contemplar el conjunto de la ciudad con sus altos edificios, sus trescientas cúpulas y torres, sobresaliendo entre todas la de San Pedro, se verá Campo Marzo hácia el frente, y al otro lado del río, en donde los romanos hacian diariamente ejercicios militares, practicando todas esas faenas de un campo de batalla en el que, despues de un rudo encuentro por el que los hombres estaban fatigados y bañados de sudor, se arrojaban al Tiber con sus armas y lo pasaban á nado.

Con razon esos hombres extraordinarios vencian en cien batallas, porque

cuando salian á conquistar á los bárbaros y demas naciones, estaban endurecidos en las fatigas de la guerra por los simulacros que practicaban en Campo Marzo, y nada podía contra ellos, ni las armas ni los elementos.

Si el paseante se dirige hácia el Noroeste, disfrutará de otro panorama no ménos imponente que el de la ciudad, verá ese gran parque que llaman la Villa Borguesse, magnífico paseo de considerable extension, rico de bellas situaciones, bosquecillos, alturas, grandes árboles, estanques, prados amenos y un bello palacio en el centro perteneciente como este jardin, á la familia Borguesse, en el que existe una selecta coleccion de pinturas, esculturas, mosaicos y otras curiosidades que se exhiben los sábados..... en fin, el hermoso paseo del Pincio que está tan bien situado, es el *rendes vous* de la aristocracia romana y de todos los admiradores de las maravillas naturales y artificiales.

Ya dije que adornaban este bello sitio multitud de bustos de personajes

ilustres, colocados de trecho en trecho, en todas las avenidas del jardín y que produce bello contraste su blancura con los arbustos y demás follaje; pero falta decir algo de la hermosa fuente que se halla en el centro y de la linda estatua en mármol que la embellece que representa un asunto bien elegido y que está en carácter con el elemento sobre cuya superficie está colocada: es la madre de Moisés que lo abandona recién nacido en un frágil canasto de mimbres sobre las aguas del Nilo, en virtud del tiránico decreto de Faraon. Al ver esta figura, no puede ménos de conmoverse el espectador, porque en su actitud manifiesta el dolor que le causa abandonar á su querido hijo, y eleva al cielo una plegaria llena de esperanza.

La ejecucion artística del grupo está bien desempeñada y el mecanismo del canasto de mimbres que flota en las aguas, manifiesta mucha verdad.

Cuando pardeaba ya la tarde y que apenas se teñian las nubecillas del occidente con los últimos rayos del sol,

envolviéndose en las sombras la parte baja de la ciudad, bajamos Manuel y yo del monte Pincio, mezclados por entre los carruajes que conducian las bellidades romanas, y nos dirigimos por el Corso para llegar á casa y tomar la comida, que se apetecía por el largo paseo que habíamos hecho.

Después de la operacion gastronómica, volví á salir con objeto de recorrer nuevas calles; pero éstas se hallaban casi á oscuras, el comercio en las transversales, cerrado, y sólo de trecho en trecho, se veian figones y tabernas, de las que salia un guerigay infernal de voces avinadas y la estentórea de algun fraile que alternaba con un carretero. Movimiento de poblacion poco, y alguno que otro carruaje que turbaba el silencio de la mayor parte de las calles sucias y tortuosas. Algunas veces me encontraba envuelta entre las sombras alguna masa negruzca: era ó una ruina, ó un palacio, ó una iglesia y mi Cicerone satisfacía mi curiosidad.

De todo este conjunto de edificios

antiguos cubiertos con el hollin, laberinto de callejuelas, gente mal vestida, mal olor de los lugares por donde pasaba; me formaba un concepto bien desventajoso, y la ciudad de Roma, que vista desde el camino que traje á ella y desde el Pincio tenia mágia y era la capital del mundo católico, vista en detalle era una poblacion que inspiraba asco y tristeza. . . . Vuelvo á repetir, que no es bueno dejarse llevar de las primeras impresiones y que es necesario observar y conocer mas íntimamente la cosa para pronunciar el fallo y dar su parecer sobre ella.

El contenido de la carta que te transmito hoy, es lo que he visto de anoche acá, que me parece que no es tan poco; aunque sin examinarlo prolijamente sino en globo. En la siguiente te haré una relacion mas detallada y hablaré de algunas cosas mas. Adios.

Roma, Octubre 18 de 1868.

ESTIMADA MARIA:

Llevo quince dias de estar en Roma y en este tiempo he contemplado ruinas, admirado templos, visto y paseado por muchas partes, visitado museos y otros lugares célebres en donde pasaron acontecimientos notables que narra la historia.

Pero antes de hacerte una descripcion pormenorizada de alguna parte de lo referido, quiero contarte algunos pormenores que me tocan directamente y que entran á formar parte de mis impresiones.